HISTORIA * GEOGRAFIA * ARQUEOLOGIA * HISTORIA NATURAL * GEOLOGIA

* GENEALOGIA Etc.

* ETNOLOGIA Etc.

REVISTA DE COSTA RICA

Año VI

No. 4

SUMARIO

DON CARLOS GAGINI.... La Dirección

DON CARLOS GAGINI.... Elías Jiménez Rojas

DOS DOCUMENTOS HISTÓRICOS RELATIVOS A MORAZÁN..... Manuel Irungaray

MORA Y BUCHANAN..... Manuel Argüello Mora

DATOS CRONOLÓGICOS PARA LA HISTORIA ECLESIÁSTICA DE COSTA RICA Bernardo Augusto Thiel

SAN JOSÉ, COSTA RICA

ABRIL DE 1925

25661 IMP. TREJOS HNOS.

COLABORADORES:

Don Cleto González Víquez, don Ricardo Jiménez, don Manuel M. de Peralta, don Valeriano F. Ferraz, don Pedro Pérez Zeledón, don Ricardo Fernández Guardia, don Anastasio Alfaro, don Enrique Jiménez Núñez, don Carlos Sapper, don J. Fidel Tristán, don Alejandro Alvarado Quirós, don Claudio González Rucavado, Monseñor Agustín Blessing, don Miguel Obregón, don Manuel Quesada, don Clodomiro Picado T., don Elías Leiva, don Luis Felipe González, don Eladio Prado, don Lucas Raúl Chacón, don Hernán G. Peralta, don Ricardo Fernández Peralta, don Otón Jiménez, don Matías Gámez y don Rubén Torres Rojas.

REVISTA
DE
COSTA RICA

52.1157

PUBLICACION MENSUAL

Número suelto 50 Cts. — Año ₡ 5-00

PRECIO DE AVISOS POR INSERCION:

UNA PLANA ₡ 12.00 MEDIA PLANA ₡ 8.00

ADVERTENCIA

Siendo el único objeto de esta Revista el de propagar toda clase de estudios patrios, la Dirección acepta y solicita cualquier trabajo que sea de la índole para el cual está fundada y dará su publicación si lo cree de interés general.

Toda correspondencia se dirige al Director

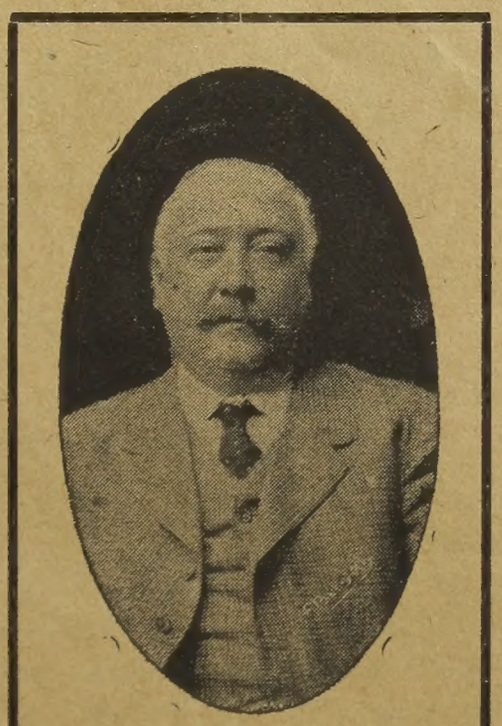
No se devuelven originales y los autores son responsables de sus escritos

Revista de Costa Rica

(Publicación mensual)

Año VI	San José, Costa Rica, Abril de 1925	No. 4

Director Propietario: J. Fco. TREJOS QUIRÓS. — Ap. de Correo No. 950



Profesor don Carlos Gagini

DON CARLOS GAGINI

La Revista de Costa Rica está de duelo. El 31 de marzo último murió en esta ciudad el insigne filólogo don Carlos Gagini, colaborador de esta Revista, cuyas páginas se honraron muchas veces con las sabias producciones de su pluma.

Si en alguna ocasión puede decirse con justicia que Costa Rica ha perdido a un egregio servidor de su cultura, es en la presente, en que el hombre mil veces ilustre que ha bajado a la tumba, descansa reclinando la cabeza sobre una obra de positivo valer, construida al través de una existencia consagrada por entero al servicio del país.

Formidable trabajador intelectual que desde los días de su primera juventud buscó la ciencia en todas las manifestaciones de la vida, brilló en la América Central conquistando para su nombre el muy merecido título de primer filólogo del istmo y el de uno de los primeros del Continente americano; profesor para quien el idioma de Castilla no tuvo misterios y a cuyo conocimiento aplicó la lógica logrando encontrar, como un naturalista, las razones y causas de los accidentes de la lengua que explicó con maravillosa sencillez en sus libros de gramática, probando que el idioma, como el árbol, crece, se desarrolla y florece obedeciendo a leyes perfectamente naturales.

Cerebro luminoso, ilustración robusta y variadísima, corazón magnánimo y entusiasta cultivador de la ciencia, al bien dedicó su vida y deja al morir una obra fecunda y de incalculable trascendencia intelectual en la cultura de Costa Rica.

En su *Diccionario de costarriqueñismos*, prologado por Cuervo, y en sus *Elementos de gramática castellana,* se manifestó como el primer filólogo centroamericano; en sus *Nociones de psicología*, como hombre de ciencia positiva que analiza, mide y pesa como el químico en su laboratorio; en su *Marqués de Talamanca*, como clásico escritor dramático y poeta muy siglo diecisiete; en sus *Aborígenes de Costa Rica,* como etnólogo e historiador erudito que busca en los secretos del pasado las verdades de la historia sobre las cuales vaciar el busto en bronce de la patria; en *La ciencia y la metafísica,* como investigador que ha seguido la evolución de la física y la química y para quien el inmenso radio de las ciencias naturales le era conocido y familiar; en sus múltiples publicaciones sobre pedagogía, historia, filología y otros ramos del saber, demostró siempre un dominio perfecto del tema que abordaba y una universalidad de conocimientos que prestaban a su producción intelectual ese mágico atractivo que sólo poseen las obras

del ingenio humano cuando son producto de mentes privilegiadas que han alcanzado con los años una dilatación de horizontes en que lucen variadas perspectivas.

De joven tuvo gran afición a las matemáticas pues fué su deseo estudiar la ingeniería, pero luego se dedicó a la enseñanza con una admirable vocación, como que en su familia han figurado muchos profesores que han hecho de la cátedra la carrera de su vida. Pero sobre todo y más que todo fué un filólogo, el filólogo de Costa Rica, el primer filólogo que aparece en nuestro medio desde la época de la Independencia, ya que don Roberto Brenes Mesén es posterior a él.

En filología pudo hombrearse con Andrés Bello, con Rufino J. Cuervo, con Miguel de Toro y Gómez, con Rufino Lanchetas, con Juan M. Dihigo, con Miguel Mir, con Julio Cejador. Nos enseñó cómo no existen en realidad los llamados verbos irregulares y catalogó éstos en cuatro clases aceptando sus variaciones como nacidas de las dos leyes fonéticas llamadas énfasis y disimilación, trabajo original suyo que luego fué aceptado por varios gramáticos como la clasificación más científica que de la materia se había hecho. Explicó la transformación del concepto del adjetivo extendiéndolo a toda palabra que modifica la extensión o la intensión del sustantivo, y expuso la conjugación castellana en una forma moderna y clara, vulgarizando las reglas de la ciencia filológica con verdadera maestría, y haciendo de un estudio que antes se estimaba como engorroso y vacilante, algo práctico y perfectamente comprensivo, demostrando cómo al través de la evolución semántica de una lengua o de la transformación del fondo imaginario, viven las causas de esas mismas variaciones regladas por la lógica, y cómo los preceptos de la gramática aparecen con la certeza que en el manómetro de mercurio se fija el grado de enrarecimiento del aire en la máquina neumática.

Además de las obras señaladas, publicó el *Diccionario de provincialismos de Costa Rica*, edición agotada, que fué lujosamente sustituida por su *Diccionario de Costarriqueñismos*; los *Ejercicios de Lengua Castellana;* el *Vocabulario de las Escuelas;* el *Lector Costarricense;* el *Vocabulario de los niños;* la *Lengua de Térraba; Chamarasca* (cuentos); las *Cuatro y tres cuartos* (comedia); *Cuentos grises* y algunos otros. Quedaron inéditos un *Curso de Filología Castellana,* un estudio sobre las razas indígenas de Costa Rica, titulado, si mal no recordamos, *Costa Rica primitiva;* y la interesante obra: *Nociones de lógica.* Los últimos años de su vida los dedicó a la investigación histórica en nuestros Archivos Nacionales y publicó un tomo de *Documentos para la Historia de Costa Rica.*

Conocía algunos dialectos indígenas y tenía verdadera ilusión

por contribuir en una forma eficiente al esclarecimiento de la historia antigua de Costa Rica. Como profesor ha sido ya definitivamente juzgado, y su labor en la enseñanza fué tan constante y sostenida que ni aun en los últimos tiempos quiso separarse de su cátedra, rechazando su jubilación para cuando ya del todo no pudiese trabajar.

En nuestro concepto sólo dos de sus obras habrían bastado para la consolidación de su fama: el *Diccionario de costarriqueñismos* y los *Elementos de gramática castellana*. Su *Marqués de Talamanca* también perpetúa su nombre porque es la única obra de teatro escrita sobre un tema histórico nacional y por el clásico corte del verso. Sus artículos de periódico fueron numerosos y en «El Imparcial» publicó un estudio sobre los indios güetares de Costa Rica.

Tal es, a grandes rasgos, la obra de don Carlos Gagini. Con tiempo y con mejores datos escribiremos su biografía, pues ahora tan sólo deseamos dedicar unas líneas de sentida despedida al maestro de nuestra juventud y al amigo dilecto y bondadoso de la Revista de Costa Rica.

Era miembro Correspondiente de la Real Academia Española de la Lengua, de la Academia de Venezuela, de la Academia de el Salvador, de la Academia de Ceará, Brasil, y de la Asociación de Escritores y Artistas de Madrid.

Su reputación no la consagró el sufragio en la orgía de una elección populachera, sino el fallo ecuánime, sereno y silencioso de los hombres de pensamiento. No fué un producto de las masas que tratara de imponerse como representante de esa tiranía moderna que se llama la fuerza del número, sino el fruto de selección de un medio de cultura que tuvo en él a un gallardo exponente de la potencialidad de nuestra raza. No fué un mendigo de plaza pública que pasara por el mundo con la mano tendida, como las grisetas de Montmartre, en demanda de una consagración impuesta por la fuerza y por ende inmerecida, sino el pujante y glorioso artífice de su propio nombre, el auténtico patriota que en su gabinete de trabajo dibujó con el pincel de su pluma de oro el hermosísimo cuadro de su inmensa labor en favor de Costa Rica.

Quizá por eso la única entidad que no se conmovió ante la noticia de su muerte, fué la entidad Estado; quizá por eso no se declaró oficialmente el duelo nacional ni se vió flamear durante tres días a media asta la bandera; quizá por eso su cadáver no fué reclamado en nombre de la Nación, aunque la Nación le era deudora de servicios eminentes; quizá por eso no se oyó en el parlamento una sola voz que recordase al maestro caído, ni hubo un homenaje a su memoria ni una palabra de pesar a su familia atribulada.

Sin embargo, la luz de su recuerdo brillará en nuestro país como el resplandor de una estrella, y los frutos de su obra de sabio y de educador formarán mañana guirnaldas de flores sobre el mármol de su sepultura. Y en ella grabará Costa Rica agradecida como significativo epitafio que resumirá en tres palabras lo que la vida del señor Gagini fué para sus compatriotas, aquella simbólica inscripción que en el imperio de Ramsés y de Sesostris lucía sobre la puerta de la biblioteca de uno de sus célebres monarcas: *Medicina del Alma.*

La Revista de Costa Rica cumple con el triste deber de consignar estas cortas líneas a la memoria de su distinguido colaborador, y de llevar la expresión de su amargura hasta el rincón sagrado que en el camposanto guarda los restos queridos del noble servidor de nuestra patria.

Don Carlos Gagini [1]

por Elías Jiménez Rojas

Hijo de don Pedro Gagini—maestro de obras suizo—y de doña Emerenciana Chavarría, nació en San José, en el mes de mayo del año 1865. Por parte de madre pertenece a la familia del ilustre Ministro de Instrucción Pública don Mauro Fernández y de los señores Chavarría Mora.

Don Carlos Gagini se desarrolló con sana precocidad. Era un niño y parecía un adolescente; robusto, entendido y juguetón cual pocos. Llegado apenas a la pubertad, tenía ya el aspecto de un hombre hecho, no obstante su irresistible propensión a la risa, propensión feliz que ha resistido al avance de la edad, según se observa en las personas de muy lozana imaginación.

Contaría unos 17 años cuando terminaba los estudios de colegio y, muerto el padre, se ponía al frente de su casa, atendiendo a madre y hermanas, con la exigua ganancia que le producían sus primeros servicios en la enseñanza pública y en la privada. Durante los treinta y cinco años transcurridos de entonces a hoy, no ha cesado don Carlos Gagini de esparcir sus luces y sus bondades.

Muy joven también, contrajo matrimonio con la bella señorita Anita Mora Cañas, formando un hogar en el que han reinado perennemente la placidez y la buena armonía.

* *

Don Carlos Gagini es mucho mayor que yo, en estatura y en ilustración. Todos lo sabéis. Lo que no sabéis es que la diferencia en años no pasa de cuatro.

(1) De *Eos*, número 68, abril de 1918.

Fué mi maestro de gramática en una de las escuelas primarias privadas que había en Costa-Rica antes de la centralización ministerial de la enseñanza.

Fué luego, aunque por muy corto tiempo, mi maestro de latín en el «Instituto Nacional», de grata memoria. Y, por último, fué mi maestro particular de filosofía en los meses siguientes al de mi salida del «Instituto Universitario», poco antes de su clausura.

Más tarde, a mi regreso de Francia, trabajé bajo su dirección en el «Liceo de Costa-Rica»—años 1895, 6, 7—como profesor de física, química e higiene. ¿Puede el discípulo y profesor subalterno emitir una apreciación justa respecto del antiguo maestro y director? Pienso que sí en mi caso: cuando han pasado muchos años, cuando se ha viajado mucho, cuando se ha conocido muchos hombres y establecimientos de enseñanza y, sobre todo, cuando las circunstancias son tales que la gloria del maestro o director no puede recaer sobre el discípulo o subalterno que habla. Voy, pues, a emitir mi apreciación, en cortos términos.

Como profesor de idioma costarricense y de filosofía, don Carlos Gagini ha realizado el mejor tipo de su tiempo, tanto en el campo de la enseñanza escolar (en todos nuestros principales establecimientos) como en el de la enseñanza por el libro—muchísimo más extenso e importante. Ahí están para probar esta última afirmación las obras ya publicadas:

El Vocabulario de los niños (2 volúmenes).
El Vocabulario de las escuelas.
El Lector Costarricense (4 volúmenes).
Elementos de gramática castellana (3.ª edición).
Ejercicios de lenguaje castellano.
Diccionario de barbarismos y provincialismos de Costa Rica.
La lengua de Térraba.
Los aborígenes de Costa Rica.
Nociones de Psicología.

y pronto lo estarán las dos obras inéditas:

Diccionario de costarriqueñismos y
Curso de filología castellana (1).

Como director de escuelas o colegios, no merece don Carlos Gagini un elogio comparable al que acabo de tributar al simple profesor; pero puedo y debo declarar cuán preciosas me parecen

(1) El diccionario de costarriqueñismos fue publicado, no así el curso de filología castellana que posiblemente ha quedado inédito. Hay algunas otras obras del señor Gagini publicadas últimamente.—N. DE LA D.

ahora la libertad de acción y la marcada preferencia concedidas siempre por él a los profesores de ciencias positivas en las escuelas y en los colegios que ha regido:

Escuelas de Alajuela (a la edad de 20 años, en 1885 y 1886)
Instituto de Alajuela (1893-1894)
Liceo de Costa Rica (1895 a 1899)
Liceo Santaneco, República del Salvador (1904 a 1907)
Liceo de Heredia (1909 a 1914).

* *

La obra pedagógica de don Carlos Gagini no puede ser señalada en pocos renglones. No hay forma de actividad docente en que no se haya ejercitado: redacción de programas de enseñanza primaria, planes de estudios de segunda, proyecto de reforma general de la «Ley de educación», historia de la instrucción pública en Costa-Rica, etc.

En 1908 desempeñó la Subsecretaría de Estado en el Despacho de Instrucción Pública. Este ejercicio constituye para mí el único error grave cometido por don Carlos Gagini en su carrera de pedagogo. En el Ministerio, *aró en el mar*, ni más ni menos que sus predecesores y sucesores. Fuera del organismo universitario, todo lo que el político hace, asumiendo indebidamente la dirección suprema de las escuelas, es flor de un día—cuando a flor alcanza.

* *

Don Carlos Gagini no ha servido al país únicamente en el ramo de la enseñanza. Ha dirigido la Biblioteca Nacional (años 1915 a 1918) y hoy dirige la Imprenta Nacional. Ha publicado dos libros de cuentos: *Chamarasca* y *Cuentos Grises*. Ha escrito una novela—*El árbol enfermo*, inédita—y varias comedias y zarzuelas: *Las cuatro y tres cuartos, El Marqués de Talamanca, Los pretendientes, Toño, Don Concepción, El Candidato* (inédita), etc. Ha colaborado además en incontables ocasiones en diversos diarios y revistas, ora en prosa, ora en verso, obedeciendo siempre a su divisa, humana y fecunda, «POR LA CIENCIA Y POR EL ARTE».

DOS DOCUMENTOS RELATIVOS A LA EPOCA DE MORAZAN

por Manuel Irungaray

El Lic. don Cleto González Víquez ha tenido la fineza de comunicar a la *Revista de Costa Rica* dos documentos históricos muy interesantes, que hoy tenemos el gusto de ofrecer a nuestros lectores. Ambos se refieren a la época de Morazán y fueron escritos por el guatemalteco don Manuel Irungaray, testigo presencial de los aciagos sucesos de 1842.

A consecuencia de la entrada triunfal de Carrera en Guatemala, el 19 de marzo de 1840, Morazán, a la sazón Jefe del Estado del Salvador, tuvo que abandonar el país y arribó a Puntarenas en la goleta *Izalco*, el 22 de abril del mismo año, con treinta y cinco de sus más fieles partidarios, entre los cuales estaban el Dr. don Pedro Molina, ilustre prócer de la independencia de Centro América, sus hijos don Felipe y don José y su yerno don Manuel Irungaray. Don Braulio Carrillo les permitió desembarcar y quedarse en el país y lo mismo a don Doroteo Vasconcelos, don Gerardo Barrios y algunos otros morazanistas prominentes. Todos fueron cordialmente acogidos en Costa Rica. A Morazán no le dió Carrillo hospitalidad y es justo decir que no le faltaban razones para proceder así. Aquel egregio caudillo, siendo Presidente de la Federación, había estado en Costa Rica a principios de 1835 y poco después de este viaje misterioso, acerca del cual no ha podido ser hallado un solo documento en nuestros archivos, estalló la famosa revolución de la Liga, que estuvo a punto de provocar la caída de Carrillo y de la cual fué uno de los agentes más activos el general salvadoreño Máximo Cordero, ferviente morazanista. No se conocen pruebas que permitan afirmar que el general Morazán inspirase o alentara aquel movimiento revolucionario; pero hubo en aquella época fuertes sospechas de no haber sido extraño a él, y es lo cierto que varios de los hombres que lo acaudillaron, especialmente en Cartago, fueron los más solícitos obsequiantes del Presidente de la Federación durante su corta permanencia en Costa Rica.

Con tales antecedentes es muy explicable que Carrillo considerase a Morazán como un huésped peligroso; pero no obstante su mucha cautela y suspicacia, cometió un error grave al confiar importantes cargos militares a partidarios entusiastas del jefe del partido federalista centroamericano. Nombró comandante del puerto de Puntarenas al general salvadoreño Enrique Rivas; comandante del departamento del Guanacaste al coronel guatemalteco Manuel Angel Molina, otro hijo de don Pedro, y, por último, comandante general de las armas del Estado al salvadoreño Vicente Villaseñor, a quien hizo general de brigada. Carrillo creyó probablemente que no teniendo ya nada que temer de Morazán, refugiado en el Perú, podía aprovecharse de los servicios de militares expertos para el conflicto que amenazaba estallar entre los Estados de Costa Rica y Nicaragua por la posesión del Guanacaste.

Invadida Costa Rica por Morazán, en abril de 1842, sucedió lo que era fácil prever. Los jefes militares federalistas a quienes Carrillo había confiado las armas del país, lo traicionaron a la primera insinuación que les hizo el hombre al cual estaban acostumbrados a obedecer ciegamente; y, extraña coincidencia, los tres tuvieron un fin trágico cinco meses más tarde. Rivas pereció en la ciudad de Guanacaste, hoy Liberia, combatiendo contra Molina; éste y Villaseñor murieron fusilados por la espalda como traidores, el primero en Puntarenas y el segundo en San José.

La ejecución del joven coronel don Manuel Angel Molina, ordenada por Morazán, fué un gran error político que tuvo gravísimas consecuencias para

el partido liberal centroamericano e influyó en la caída y muerte del caudillo alma de la causa federalista. De parte de éste constituyó, además, un acto de negra ingratitud para con el venerable Dr. don Pedro Molina, que había sido siempre uno de sus amigos más fieles y abnegados.

Don Manuel Irungaray relata la trágica muerte de su hermano político en un documento íntimo, destinado sin duda a no salir del archivo de la familia. En cambio el otro en que refiere lo acaecido en Costa Rica respecto del general Morazán y que firma con el seudónimo de *Un costarricense*, fué escrito para el público y tal vez impreso en aquella época.

El fusilamiento
del coronel don Manuel Angel Molina

Cuando el general Morazán arribó a la Caldera, el 7 de abril de 1842, era Manuel Angel comandante general del Guanacaste (1). El 8 de dicho mes ofició el primero al segundo invitándolo a que hiciese un pronunciamiento a favor de la causa del restablecimiento de la nacionalidad, objeto de su empresa. Luego que Manuel Angel recibió la invitación, reunió las milicias de caballería e infantería en número de 500 plazas, hizo el pronunciamiento y se puso en marcha para incorporarse a Morazán, haciendo al efecto tres jornadas; mas mientras esto sucedía, el general Morazán se había dirigido sobre Alajuela en cuyas inmediaciones, el 11 del citado mes, en un punto llamado el Jocote, capitularon las fuerzas del Gobierno al mando de Villaseñor, a quien Carrillo acababa de hacer general de brigada. En consecuencia de la capitulación, el 13 ocupó a San José el general Morazán y el mismo día despachó a Carrillo a Punta Arenas, donde fué embarcado el 16 con dirección a Paita. Sabiendo el general Morazán que Manuel Angel había efectuado el pronunciamiento apetecido y que marchaba tras sus pasos para incorporársele, lo cual por la capitulación era innecesario, le dió orden de que contramarchase, agradeciéndole el celo y actividad que había desplegado para darle su poderoso auxilio, pues toda la expedición desembarcada en Caldera constaba, inclusos jefes y oficiales, en sólo 500 hombres.

El general Enrique Rivas, que se hallaba en Punta Arenas cuando se efectuó el desembarco de la expedición en la Caldera, distante cuando más tres leguas por el camino de tierra y dos por agua, recibió el 8 de abril invitación del general Morazán para que hiciera se pronunciara a su favor la guarnición del puerto y fueran él y los emigrados, que casi todos estaban allí, a incorporarse en el camino de San José. No efectuó Rivas el pronunciamiento por desidia o por temor de que triunfase Carrillo. No salió del puerto sino hasta el 9 en la noche en unión de Milla y Lazo; e instruído en el camino por Quesada de que toda la fuerza de Morazán no pasaba de 500 hombres, que era la cuarta parte del número que éste le escribió haber traído, suspendió su marcha y no la continuó sino cuando tuvo la noticia cierta de que se había ocupado a San José. Luego llegó a felicitar en dicha ciudad al general Morazán y en seguida solicitó le dieran el empleo que tenía Manuel Angel en el Guanacaste, lo cual le fué concedido a pesar de los recientes e importantes servicios que éste había prestado y contraviniendo a lo estipulado en la capitulación del Jocote, en que se obligó el invasor a conservar

(1) El coronel don Manuel Angel Molina había llegado a Puntarenas, procedente de Acajutla, el 30 de marzo de 1841.—N. del E.

en sus destinos a todos los empleados civiles y militares (2). Manuel Angel quedó pues reducido a comandante del lugar llamado Guanacaste (3). Semejante ingratitud no podía menos que ofender a Manuel Angel; y tanto por esto cuanto porque desde su llegada Rivas y su secretario Milla había tratado de hostilizarlo de diversas maneras, resolvió renunciar; pero quiso la desgracia que José (4) lo impidió por parecerle no conveniente en las circunstancias. El favor grande de que Rivas gozaba provenía especialmente de que desde nuestra llegada a Costa Rica no había dejado de escribir a Morazán tratando siempre de indisponerlo contra guatemaltecos y recomendándole a los salvadoreños. A esto juntaba siempre adulaciones extremosas, de cuya moneda se mostraba Morazán al presente tan ávido como siempre lo fué de la plata y del oro. A los guatemaltecos los aborrecía Rivas porque éstos en él no veían más que un sastre valiente, sin ninguna otra recomendación, pues ni aun disciplinar tropas sabía ni mantener la subordinación, sino que cuando tenía mando militar se entregaba a los placeres con desenfreno escandaloso, como sucedió en Santa Ana el año 839, haciéndose una comitiva de sus subalternos. Así disolvió allí las fuerzas que de todo el Estado del Salvador se le remitían con frecuencia, y así malversó cuantos fondos se ponían a su disposición, que fueron considerables. Por desidia no hostilizaba a los enemigos y así éstos más bien lo querían que lo aborrecían. El juego y las mujeres absorbían su tiempo; igual conducta le tacharon todos los vecinos del Guanacaste.

Con los antecedentes dichos no era posible hubiera buena armonía entre Rivas y Manuel, y sus desavenencias se aumentaron, porque habiéndose enamorado éste de una joven llamada Josefa Elizondo, pedídola al padre y obtenido de él y la pretendida el consentimiento para casarse, Rivas y Milla se dedicaron a desconceptuarlo, haciendo chismes y forjando calumnias contra Manuel, hasta inventar que unas calenturas que lo tenían en cama no eran otra cosa que gálico, con lo cual lograron que cuando ya las donas y las diligencias matrimoniales estaban listas, la joven se resistiera a casarse, no obstante haber estado antes tan apasionada por Manuel como éste por ella. Pasados algunos días después del rompimiento de este matrimonio, Manuel, según se dice, influído por Prado, José María, que estaba casado con una prima de la joven Elizondo, fué a la hacienda de ésta (5) el 20 de agosto (6) en la noche, acompañado de unos hombres enmascarados y la sacó por la fuerza; pero el mayordomo de la hacienda con los mozos de ella atacó a Manuel, quien habiéndose quedado solo por la fuga de los enmascarados, no pudo conservar su presa y quedó ésta en manos del mayordomo. La joven y sus hermanos al día siguiente se fueron al Guanacaste, donde Rivas residía, y publicaron los sucesos de la noche anterior. Rivas, fuese por petición de parte o de motu propio, mandó poner preso a Manuel en Bagaces, a donde se había retirado después de la intentona de rapto, sin que entonces estuviese probado que él había sido el autor, sino tan sólo porque las sospechas recaían contra él. Manuel no obedeció a la orden de prisión. Con la guarnición que había allí y soldados que llamó de otros lugares hizo un pronunciamiento proclamándose comandante general del Guanacaste y desconociendo a Rivas. En la noche del 21 al 22 del citado mes se dirigió seguido de 16 hombres al Guanacaste a tomar el cuartel; mas Rivas, que tuvo aviso, se constituyó

(2) Manuel Angel y Antonio Rivera fueron los dos únicos empleados removidos que hubo en todo el Estado durante la administración de Morazán: ambos guatemaltecos y ambos honrados.—N del A.

(3) La ciudad de Liberia.—N. del E.

(4) Don José Molina.—N. del E.

(5) La hacienda de Palo Verde.—N. del E.

(6) 20 de agosto de 1842.—N del E.

en él para defenderlo con la guarnición. Así fué que cuando al amanecer llegó Manuel, fué atacado por Rivas y herido en un brazo. Entonces los soldados de Manuel hicieron una descarga sobre Rivas y los suyos y aquél cayó herido y muerto el oficial Eduviges Guillén, rival de Manuel protegido por Rivas cerca de la joven Elizondo. Rivas no murió sino hasta la una del día, después de más de ocho horas de haber pasado el encuentro en que fué herido. Manuel, que lo estaba del brazo como queda dicho, quiso huír a Nicaragua; pero J. M. Prado le metió en la cabeza que no huyera, que mandara un parte al general Morazán, quien aprobaría lo hecho en vista de las circunstancias y por temor de que no se uniese a los nicaraguas. Manuel siguió este absurdo si no pérfido consejo. Mandó a Domingo Fernández, secretario de la Jefatura Política que estaba a cargo de Prado, con el parte inspirado por éste, y puso de comandante general, mientras él se restablecía de su herida, a un oficial Guerrero, que era uno de los pronunciados en Bagaces contra Rivas. El tal secretario, portador del parte de estos infaustos sucesos, encontró en la primera jornada a Milla que regresaba a San José, donde había estado con comisión de Rivas, reducida a mal informar a Manuel, cuyo principal cargo se contraía a que hablaba mal del general Morazán, lo cual hizo en éste la impresión que deseaban los enemigos de Manuel. Milla, pues, ya no llegó a Guanacaste, sino que se revolvió en unión del portador del parte hasta San José. En el camino sedujo a dicho portador y le sugirió que hiciese al general Morazán una relación llena de mil circunstancias odiosas y atroces, inventadas para perder a Manuel, y juntos se presentaron ante dicho general Morazán el 28 de agosto a las doce del día. No hay cómo pintar el efecto que la relación de éstos hizo en Morazán. Todo fué furia, medidas bárbaras y grandes escándalos. Inmediatamente todos los oficiales y jefes estuvieron en movimiento y salieron tropas en la misma tarde, no quedando en San José sino cerca de cien hombres. Orellana y Nacho Zepeda, que estaban en desgracia, para lograr la ocasión de recobrar el favor de Morazán fueron llenos de entusiasmo a ofrecerse a marchar, lo que les fué otorgado y se pusieron en camino al momento. Las calumnias contra Manuel se difundieron por todas partes. Morazán se obstinó en creer cuanto Milla quiso decir, y todos, viendo que en ello halagaban al caudillo, repetían lo mismo y hablaban encarnizados sobre severos castigos que debían imponerse al autor de tan enormes maldades. Tales eran sus expresiones. No se nos escuchaba; todo era desprecio, encono y frialdad. El clérigo Menéndez, nuestro antiguo enemigo, que a la sazón era el oráculo de Morazán (¿qué tal?), fué el más encarnizado contra Manuel. Se dió un decreto nombrando a Prado comandante general del Guanacaste y poniendo fuera de la ley a cualquiera que no le obedeciera; todos se declararon enemigos nuestros, pues nos aborrecían, unos por guatemaltecos y otros porque su estragada conducta se veía contrastada con la nuestra, no entregándonos a los excesos que ellos, lo cual miraban como un reproche. Solamente Rascón se interesó por nosotros y Cabañas quedó neutral; los demás se complacieron en atormentarnos de mil maneras. ¡Qué fieras! ¿Cuál hubiera sido la suerte de la República con semejantes caníbales si triunfan en los Estados?...

El 30, al medio día, llegó un correo del Guanacaste por el cual un tal Gómez (protegido de Manuel Angel, por quien había obtenido indebidos ascensos) avisaba que habiendo convidado a un rumbo al comandante Guerrero, puesto por Manuel, lo había embriagado y reducídole a prisión; que en seguida se había capturado a Manuel y que ya estaba restablecido el orden en el departamento, quedando también preparada la escolta que debía conducir presos a San José a Manuel y a Guerrero. En premio se hizo a Gómez teniente coronel. Cuando Morazán vino a Costa Rica era sargento, y al pronunciarse Manuel a favor de éste, lo hizo teniente de un golpe.

El 31 se publicó dicho parte y en la tarde de este día salió Milla para Alajuela conduciendo un pliego de Morazán a Saget, que estaba en dicho punto con toda la fuerza salida de San José el 28 y que hasta entonces no había andado más que cinco leguas. Saget, a la lectura del pliego de Morazán, se llenó de júbilo; dió orden para que el 1.° de septiembre continuara la fuerza su marcha, no ya al Guanacaste sino a Punta Arenas, y que Milla, con doce oficiales escogidos entre los parientes de Rivas y los salvadoreños más enemigos de los guatemaltecos, se pusieran en camino y fusilaran a Manuel, sin demora ninguna, en el punto donde lo encontraran. Milla cumplió con escoger los oficiales y fué al encuentro de Manuel. El 4 de septiembre, en la orilla de la Barranca, fué entregado por la escolta que lo traía; mas no hallándose con ánimo de fusilarlo, lo llevaron el 5 a Punta Arenas, donde acababa de llegar Saget, el cuadro de oficiales y la tropa. En la noche parodiaron allí un consejo de guerra en que no hubo escrita otra cosa que la sentencia. Fué compuesto el consejo de Saget, que siempre enemigo de la familia estaba ansioso por derramar la sangre de un miembro de ella que había abandonado a su furor Morazán; de Espinosa, ese indio sodomita que también ha sido enemigo y entonces estaba más enconado por los papeles publicados en el Salvador contra él, que le habían dicho, al reconciliarse con los partidarios de Morazán, que los Molinas eran sus autores; de Orellana, que nos detestaba porque aquí hizo mil indecencias y sabía que era reprobada su conducta por nosotros, como perniciosa a la causa que se defendía; de Indalecio Cordero, enemigo capital de todo guatemalteco, y de Esteban Pardo. Nacho Zepeda hizo de fiscal y Cacho de defensor. Todo esto no era más que aparatos para cubrir apariencias, pues de antemano estaba decretada la muerte de Manuel. En la misma noche lo sentenciaron a ser fusilado por detrás como traidor al siguiente día. Intimada tan inicua sentencia al desgraciado Manuel Angel, protestó contra tan bárbaro atentado; puso al cielo por testigo de que no era traidor, evidenciándolo con la circunstancia de haber mandado él mismo el parte de lo sucedido, en solicitud de que fuese aprobado por Morazán, y pidió un padre para confesarse. Esto le fué rehusado porque hubiera sido necesario retardar dos o tres horas la ejecución. El cobarde Saget, que antes y después de ese horrible asesinato ha acreditado tanto su ruindad como su incapacidad, remitió muy temprano con las milicias de Esparza hasta 600 hombres que formaron el cuadro para la ejecución, y a las ocho de la mañana del 6 de septiembre tuvieron aquellos tigres el placer de sacrificar su víctima. Manuel fué con un valor admirable al patíbulo; no cometió ninguna humillación; salió con paso firme fumando su puro y no lo soltó ni aun después de muerto. Con dignidad exigió que no lo asesinaran por atrás; pero los sicarios insistieron en su perversidad y su saña se complació en llevarla a efecto.

Entretanto, en San José se hacían indignidades increíbles. Morazán publicó con fecha 31 de agosto una proclama ensalzando a Rivas y tratando de asesino atroz al que había sido ocasión de su muerte. Se decretó luto general, llevándolo el Gobierno y todos los empleados civiles y militares durante tres días. Hubo exequias solemnes el 4 de septiembre y oración fúnebre pronunciada por el antropófago sacerdote Menéndez, y, en fin, hicieron cuanto escándalo y ruindades pudieron para echarnos la odiosidad pública y rasgarnos el corazón, hasta el extremo de enviarnos papeles para que asistiéramos a las exequias de Rivas, papeletas insultativas que todavía conservo. Se violenta a tomar las armas a los habitantes del Estado, diciendo que la traición había entregado el Guanacaste a los nicaraguas; se exigen empréstitos y consolidación de capitales con el mismo pretexto. Sofocaban nuestra voz y no nos permitían desmentirlos de ninguna manera. Hicimos mil diligencias por que no se aplicara la pena capital a Manuel; pero todo

fué en vano. En vano el señor don Pedro (7), hecho un mar de lágrimas, se echó a los pies de Morazán el 1.° de septiembre; dió la vuelta y lo dejó solo en la sala. En vano el 2 del mismo mes ocurrió a la Asamblea constituyente pidiendo la salvación de la vida de su hijo, cuyos servicios acababan de ser reconocidos por un decreto de la misma corporación. Los miembros de ésta se conmovieron y dieron favorables esperanzas al señor don Pedro; pero al día siguiente fué el infernal sacerdote Menéndez y amenazó a los diputados a nombre de Morazán y se declaró sin lugar la solicitud, por carecer de facultades la Constituyente y no ser legislativa: absurdidad influída por Menéndez.

Así nos vimos abandonados de todo el mundo. Buscamos aquellos amigos de quienes esperábamos auxilios; pero no hallamos sino corazones fríos. Los unos, llenos de terror, no se atrevían ni aun a manifestarnos compasión; otros, más viles, no querían disgustar al que mandaba como dueño absoluto de todo y a quien era necesario complacer para que les hiciera favores. Se exponía la verdad con claridad; se hacían razonamientos irresistibles; pero no se obtenía ningún éxito. Lo único que hizo Morazán fué darme el 3 de septiembre un libramiento de mil pesos contra Espinosa, pagadero a la vista en Punta Arenas, para que con su importe se proporcionase la evasión de Manuel; pero el señor don Pedro no quiso aceptarlo, porque a querer salvar Morazán a Manuel bastaba que dijera una palabra y aquel ofrecimiento era una de tantas arterías para engañarnos, pues además exigía que no se trascendiese que él daba tal libramiento y no permitía que fuera yo en persona a hacer diligencias de salvar a Manuel. Le dimos pues el libramiento y se incomodó mucho por no haber logrado embaucarnos.

Nos convencimos que estaba irrevocablemente resuelta la pérdida de Manuel. Se nos decía que si no se aplicaba un severo castigo se disolvería el ejército y entonces era necesario renunciar al proyecto de organizar la nación, pues además del mal ejemplo contra la subordinación militar, los jefes, oficiales y tropa eran salvadoreños, paisanos de Rivas y se sublevarían. El clérigo Menéndez, por un lado, y los chismes, por otro, habían decidido a Morazán a humillar y arruinar toda la familia. Era un delito haber censurado algunas de sus acciones, algunas de sus providencias. Lo era también no ser un partidario suyo personal sino de la causa que defendía, y lo era el no adularlo, como lo hacían ciertas personas, repitiéndole que su nombre solo valía por un ejército. La situación moral del general Morazán lo había vuelto orgulloso y con nosotros llevó su altivez hasta la insolencia, hasta la crueldad. Como no tenía superior ninguno; como todo dependía de él y a él se refería todo; como ni remotamente había en lo que lo rodeaba nada que se le pudiera comparar, se le había desarrollado su amor propio y se le había perdido la cabeza en el vértigo que lo arrastró a dar medidas bárbaras y a no tener miramiento por nada.

Abandonados, lo repito, de todo el mundo, quedamos unos días sin saber lo que pasaba; pero el 10 de septiembre varias personas estuvieron de propósito a decirme el infando asesinato perpetrado en Punta Arenas. Me noticiaron que Orellana, Zepeda y Pardo (aunque este último por necesidad) habían ingresado a San José el 8 en la noche con la noticia de la infamia en que ellos mismos habían sido actores. Iban a recoger el fruto de su distinguida proeza. Devoré en silencio mi pesar e impedí que el señor don Pedro supiese tan terrible catástrofe, pues él nunca creyó que dejarían de juzgar con todos los trámites a Manuel, a pesar de que yo le decía lo que había trascendido sobre asesinarlo violentamente. Jamás cree el Doctor lo

(7) El ilustre prócer don Pedro Molina, padre del coronel don Manuel Angel.-N. del E.

que se le advierte en menoscabo del buen concepto que de todos forma. A todos los juzga buenos y todos abusan de esta su malhadada disposición, siendo él y los suyos las víctimas.

El 11 a las ocho de la mañana estalló la revolución, y lo que se siguió es bastante sabido. Sólo sí diré que la presunción extremosa que volvió confiados a Morazán y a los que lo rodeaban fué su principal ruina. ¿Cómo quedarse con menos de cien hombres en un país conquistado y cuando estaban dictando medidas tales como la de que se vendían las casas de los hombres que habían huído a los montes por no tomar las armas? Cuando a muchos propietarios que tomaron las llanuras llamadas *Las Paras* a censo redimible se les ejecutaba para que pagasen al contado su importe, con lo que quedaban arruinados. La presunción, efecto de las adulaciones, y multitud de descuidos que rayaban en abandono acarrearon los sucesos que tuvieron lugar hasta la conclusión del 15 de septiembre. Esa noche fué que dije al señor don Pedro todo el agravio que se nos había hecho, el hondo pesar que se deleitaron en darnos y todo lo que era de esperar hubieran hecho con la familia si logran dominar la República.

La conducta que aquí tuvieron la mayor parte de los jefes y oficiales fué de lo más escandaloso. Mucho mejor que éstos se condujeron los soldados. Saget se emborrachaba públicamente, y una noche que andaba bien encrapulado dió de cinchazos al jefe de día, que era Esteban Pardo; en seguida se fué a Cartago y no regresó sino a los ocho días, a pesar de que era jefe de estado mayor y debía estar en su oficina. Cuando regresó Saget, Nacho Zepeda, a la cabeza del cuadro de oficiales que aquí le llamaban el *Cuadro de los vicios,* fueron a deshacer por fuerza un baile de personas del país y le dieron música a Saget, quien toda la noche anduvo haciendo zanganadas. Morazán ni reprendió a Saget ni dió ninguna satisfacción a Pardo. Algunos oficiales se hirieron entre sí; otros hirieron a hijos del país en diversas veces; siempre quedaron impunes. Conspiraron contra Morazán sus mismos oficiales, inspirados por Orellana; la misma impunidad. Pero un joven valiente, honrado, aunque no adulador, arrastrado por las pasiones y por desgraciados incidentes, comete un delito de que nadie está libre; entonces sí la moral pública, la subordinación militar no permiten ninguna indulgencia y lo asesinan sin juzgarlo. ¿Qué derecho tenía para esto el tirano?... Su orgullo, su insolencia le hacía creer que era dueño de vidas y haciendas, y a los diez días, sin que nosotros tuviésemos ninguna parte en ello, ya estaba tanta altivez en la huesa, y el poder colosal que varios se habían soñado, yacía también con ellos en la nada.

Algunos días después de estos funestos acaecimientos, en el mismo mes de septiembre, asesinó a José M.ª Pardo en el Guanacaste el mismo Gómez que capturó a Manuel, y ha quedado impune no obstante que Pardo no le dió ni el más ligero motivo para tan atroz acción.

Verídica y sencilla relación de lo acaecido en Costa Rica respecto al General Morazán

En los días 11, 12, 13, 14 y 15 del mes de septiembre, el poder del famoso caudillo de Centro América general Morazán se eclipsó para siempre en Costa Rica. El pueblo costarricense, enfurecido por las medidas violentas que empleó dicho general para tener soldados y dinero con el objeto de hacer una invasión en el Estado de Nicaragua, se sublevó, siendo los primeros en dar el grito de insurrección los soldados del país que debían marchar y que habían ya recibido armas con este objeto.

El General tuvo avisos oportunos del riesgo en que se hallaba. Los despreció. Estalló la insurrección, comenzó el fuego y todavía creyó que con su presencia y la de algunas guerrillas se podría sofocar. Llegó a tal punto su confianza que prohibía a sus oficiales tirar sobre el pueblo amotinado y se vió en breves horas obligado a encerrarse en un cuartel con los oficiales y soldados que le quedaban. Reunidos los pueblos del Estado, bien armados y peltrechados, le tuvieron sitiado tres días, haciéndole un fuego incesante a que respondieron por último con valentía los soldados de Morazán. Este, el cuarto día al amanecer, se fugó para Cartago en donde fué hecho prisionero con el general Villaseñor y otros jefes y oficiales. El quinto fueron fusilados los dos generales expresados. Los centroamericanos juzgarán si era necesario o no este procedimiento rigoroso. Los costarricenses opinaron que era indispensable para la quietud de los Estados.

Hemos anunciado que se pusieron por obra medidas violentas para reunir un pie de fuerza considerable y caudales para mantenerlo. Es menester especificar estas medidas, porque fueron, como ya se ha dicho, la causa inmediata de la insurrección. Después hablaremos de otra que tenía ya dispuesto al pueblo para hacerla.

En un espacio de diez leguas están comprendidas las cuatro ciudades principales de Costa Rica y están casi unidas por las poblaciones rurales o casas de campo intermedias. Esta circunstancia pareció que facilitaría la recluta de unos mil y quinientos a dos mil hombres, sin considerar las circunstancias de este pueblo. En él hay muy pocos que sean puramente jornaleros; los más tienen alguna propiedad; los más son casados y padres de familia; su arraigo, por consiguiente, es muy grande en su país. He aquí, pues, que lo que parecía fácil se hizo difícil. Otra dificultad: el país es pobre; apenas hará veinte o veinticinco años que por el descubrimiento de sus minas de oro y después por el cultivo del café, ha comenzado a enriquecerse y con eso son muy pocos los que tienen, no digamos gruesos, sino medianos capitales. Si fué preciso usar de la fuerza para reclutar la gente, para reunir caudales no se necesitaba menos.

Los jefes del general Morazán, con el auxilio de los comandantes locales reunieron la gente sin admitir excusas ni excepciones. El General decretó contribuciones forzosas extraordinarias, pena de confiscación de bienes que se venderían en asta pública. Ordenó la consolidación de los capitales puestos a censo redimible, valor de tierras vendidas por el Gobierno, los de capellanía y obras pías, y sus comisionados pusieron con vigor en ejecución sus decretos. Se mandó igualmente que las propiedades de los que huían a los montes se enajenasen para compelerlos a tomar las armas. Tales medidas surtieron su efecto. Los josefinos, los más rebeldes para tomar las armas, se presentaron en mayor número del que correspondía a su cupo. Había ejército, había dinero, los cuerpos habían comenzado a salir; pero no había voluntad ni opinión, sí muchas lágrimas y lástimas por todas partes. ¿Qué le importaban a este pueblo pacífico las miras grandes o estrechas del general Morazán? El no veía más que su gente sacrificada a los trabajos de la guerra y a la muerte en expediciones lejanas, sus capitales consumidos, sus armas y peltrechos mal empleados y perdidos, y su buena armonía con los demás Estados destruída. No lo quiso sufrir y usó del derecho que les compete a los pueblos oprimidos.

Consideremos ahora el ejército con que se introdujo aquí el general Morazán y las personas que engrosaron su facción.

Su ejército era un cuerpo monstruoso compuesto de una enorme cabeza con muy flacos brazos y un pie muy pequeño y débil.

GENERALES DE DIVISIÓN

Morazán, Cabañas, Villaseñor, Rivas, Saget, Espinosa, Cordero (Máximo), Salazar.

GENERALES DE BRIGADA

Cordero (Indalecio), Saravia, Angulo, Rascón.

CORONELES

Carías, Asturias, Orellana, Pinto, Bonilla, Brusual, Merino (a), Cacho, Lazo.

TENIENTES CORONELES

No es posible contarlos ni recordar sus nombres (b).

CAPITANES, TENIENTES Y SUBTENIENTES

Muy pocos.

TROPA

Cuatrocientos hombres.

Habiendo tan pocos soldados a quienes gobernar, tantos jefes y oficiales sin ocupación ¿en qué se emplearían? En los vicios, con muy pocas excepciones. Se sabe cuán incómodos son los huéspedes armados cuando no están ocupados y bajo la disciplina más rigurosa. Nada más tenemos pues que decir en el particular. Más de sesenta jefes y oficiales sueltos eran muy suficientes para vejar y desmoralizar al pueblo, como también para disponerlo a la insurrección. ¡Cuántas veces no sembraban ellos mismos el alarma, tal vez por hacer huir a un marido de cuya mujer querían disfrutar sin zozobra, o por el placer tan sólo de intimidar al pueblo! Eran los soldados mejores, respectivamente, y no había lugar a la reparación de las injurias y daños recibidos. El general jefe del Estado tenía muchas ocupaciones; el comandante general hacía poco caso (c); el jefe de estado mayor (d) daba malos ejemplos por su embriaguez, y los demás jefes, con pocas excepciones, hacían lo mismo, o no podían corregir los excesos por no tener mando.

Esto es un débil bosquejo de lo que era el ejército de Morazán. Daba lástima ver confundir en su bando a algunos hombres de bien, engañados o comprometidos por la persecución que habían experimentado en sus respectivos Estados a causa de su opinión, o finalmente porque no tenían de qué vivir. ¿Y eran éstos los elementos con que el citado general iba a reorganizar la República? Los costarricenses nos gloriamos por tanto de que al mismo tiempo que sacudimos el yugo de nuestros opresores, hemos evitado a los demás Estados los males de la guerra que los amenazaba y los subsecuentes si hubiese triunfado Morazán. Ciertamente no habría mejorado la suerte de los hombres honrados en particular, ni la de Centro América en general. Pero toda la fuerza invasora casi acabó; lo que de ella queda está en la incapacidad de rehacerse; se está disolviendo. Algunos han pedido pasaportes para Matina y otros para Nicaragua.

Hallándose unos ciento cincuenta hombres de los que trajo Morazán en

---

(a) Estos dos últimos se marcharon muy pronto al Sur con un mayor y un capitán todos colombianos.

(b) Entre éstos había algunos inútiles.

(c) Villaseñor.

(d) Saget.

Punta Arenas, a las órdenes del francés Saget, con un número mayor de soldados del país, luego que supo éste la catástrofe ocurrida y después de estallar en mil fanfarronadas, lo que hizo fué embarcar las tropas a bordo de la barca *Coquimbo* y del *Cosmopolita*, armados en guerra, tomar el armamento y aun algunos intereses de particulares que había en el puerto y quedarse voltejeando en el golfo. En seguida hizo desembarcar en la isla de San Lucas, en el mismo golfo, las tropas del país, desarmadas, y se quedó bloqueando el puerto. Se embarcaron con él el famoso general Nicolás Espinosa, el brigadier Indalecio Cordero, comandante del puerto, el ex ministro de la Federación Miguel Alvarez y otros. Por último, no hallando qué hacer ni cómo subsistir, entró en tratados con el Gobierno, por los cuales él debía entregar las armas y peltrechos del Estado, éste pagar lo que se debía a los buques y tropa, y se le dejaba la *Coquimbo* a efecto de que se aprovechase de su importe para él, los jefes y oficiales. Tal era el tenor del tratado celebrado entre el Gobierno y Saget, pero éste no lo quiso ratificar. Entretanto, en sus diversas correrías por el golfo se varó la *Coquimbo* y sufrió averías, en términos que Saget tuvo que desembarcar con su gente en un islote llamado el Guayabo, que ni agua tiene. Allí se medio fortificó, pero ¿qué hacía? Le fué pues indispensable entregarse a discreción, salvando solamente la vida. En consecuencia entregó hasta 700 fusiles, pero en una de sus crápulas y estando ya reparada la *Coquimbo* rehusó entregar lo restante. Pasó así algunos días y después volvió a celebrar nuevos tratados con funcionarios del Gobierno, pero no autorizados al efecto, y en virtud de ellos lo ha entregado todo, ignorándose aún si el Gobierno aprobará lo estipulado.

He aquí la conclusión del drama de la vuelta de Morazán. Los actores que quedan son muy ineptos para representar por sí solos. No se les debe temer sino compadecer más bien, porque al fin son hijos de los Estados que compusieron Centro América.

San José, noviembre 21 de 1842.

UN COSTARRICENSE

Mora y Buchanan

Por Manuel Argüello Mora

El vapor «Ocean Queen» apagaba sus fuegos y arrojaba su ancla frente a Canal Street, en Nueva York, el día 14 de setiembre de 1859. El sol asomaba detrás de las Montañas Blancas (White Mountaine) bañando en luz y calor la ciudad imperial, la más rica y poblada metrópoli del Nuevo Mundo.

Dos mil pasajeros venidos del país del oro desembarcaban derramándose en los mil hoteles de la ciudad. Entre esos pasajeros íbamos cinco embarcados en Colón y procedentes de Puntarenas, a saber: don Juan Rafael Mora, don Crisanto Medina, padre e hijo, don Adolfo Bonilla y yo. Bonilla era casi un niño. El señor Mora y yo no hacíamos un paseo voluntario; íbamos empujados por el frío cierzo de la proscripción.

Hacía un mes que una conspiración militar había desconocido y derrocado el poder legítimo que Mora ejercía en Costa Rica, y quince días que el pueblo norteamericano estaba al corriente de los más pequeños detalles de ese drama político: tal es la fuerza expansiva de esa dinamita del espíritu, la prensa, diosa omnipotente que todo lo sabe y todo lo puede!

No era, pues, un desconocido el señor Mora para el pueblo americano. Fue visitado por innumerables personas, con algunas de las cuales cultivamos íntimas relaciones; entre éstas nos honraron con su amistad el Gral. Páez, el héroe de Las Queseras, el señor Tassara y el señor Bertinaty, Ministros de España e Italia respectivamente, Romero, el conocido diplomático mexicano y Acosta, el más célebre médico latino español. Don Luis Molina, nuestro Ministro en Washington, que se convirtió en espía y delator para no perder su destino, hizo cuanto pudo en nuestro daño, sacrificando su dignidad al sol naciente, por más que ese sol fuera emanación de una traición militar.

El mismo día que desembarcamos recibió don Juan Rafael Mora un telegrama de Mr. Buchanan, Presidente de los Estados Unidos. En él saludaba al *Presidente* Mora, no al ex-Presidente, cosa que nos sorprendió, porque ignorábamos la inesperada y brillante fortuna que la suerte ofrecía a Mora. Concluía el telegrama instándole para que se presentara en la Casa Blanca.

Nosotros tomamos este telegrama como una simple cortesía oficial, y contestó Mora que tendría el placer de visitar a Buchanan tan pronto como descansara unos días de las fatigas del viaje.

Una semana después se recibió otro telegrama del Ministro de

Estado, Mr. Chasse, quien suplicaba al señor Mora que pasara a la Casa Blanca con el objeto de tratar un asunto que le importaba.

Esto ya nos llamó la atención, y partimos inmediatamente para Washington.

Alojados en el Hotel Brown y contestadas las visitas de estilo al Presidente y Ministro Chasse, aquél nos manifestó que deseaba tener una entrevista con el señor Mora, el objeto de la cual debía permanecer secreto, al grado de que si era posible evitar intérprete, era preferible pasarnos sin su ayuda. Persuadidos de la mala voluntad de Molina hacia nosotros, procuramos alejarlo de la entrevista de ambos Presidentes.

El deseo de que el espionaje de Molina no tuviera esa ocasión de utilizarse, me hizo pasar uno de los bochornos más grandes de mi vida. No quiero disimularlo, pues en materias históricas prefiero exhibir mi vergüenza antes que ocultar el menor detalle que ponga en duda mi sinceridad.

Es el caso que me ofrecí como intérprete, creyendo poseer el idioma inglés, después de recibir dos años las lecciones del profesor de la Universidad de Santo Tomás, don Joaquín Alvarado. ¡Cuál sería mi confusión cuando noté que Mr. Buchanan no me comprendía una sola palabra! Después que hice esfuerzos inauditos para hacerme entender, acabé por excusarme en español, idioma que Mr. Buchanan entendía, pero en el que no podía hacerse entender. No sé qué hubiera sido de mí si no hubieran concluido por reirse los dos interlocutores. Fue preciso valerse del señor Molina. Procuraré repetir el contenido de la conversación, que fue el siguiente:

«Las nacionalidades pequeñas y débiles, dijo Mr. Buchanan, están expuestas en América a ser absorbidas por los europeos, o al menos a que se ejerzan sobre ellas desastrosas influencias que no convienen a los Estados Unidos. Inglaterra, sobre todo, se ha apoderado casi exclusivamente del comercio de las repúblicas del centro, adueñándose poco a poco de algunos territorios que serán más tarde la estaca del fraile, como suele decirse. Por ese motivo hace años que buscamos, y hemos esperado en vano que aparezca, entre los prohombres de esos países una figura superior que sea conocida y respetada en los cinco Estados del centro. Morazán pudo haber sido ese hombre, mas ustedes cometieron el error de fusilarlo, más que error, crimen inútil que les privó de un buen militar y gran político. La ruidosa guerra que usted inició y sostuvo contra Walker lo señaló a la gratitud de todo el istmo, y su nombre es conocido en las cinco repúblicas.

Pienso, pues, que a usted toca la misión de unir esos pueblos en una sola nacionalidad que se dé a respetar. Sé las dificultades de la empresa y me adelanto a allanarlas. Propongo al señor Mora lo siguiente: en Nueva York tengo listo un Ministro, al señor Dimitri,

que sólo espera su respuesta, si usted acepta mi proposición. El y otros cuatro ministros más serán enviados a cada uno de los Estados de Centro América con el único objeto de ayudar a usted a conseguir nuestro propósito, bajo su dirección, lo mismo que dos buques de guerra, cuyos capitanes obrarán de acuerdo. Además, usted solicitará un empréstito de dos millones de pesos a los banqueros que le indicaré y que mi gobierno garantizará. Creo que con esos elementos será posible triunfar de la inercia de esos pueblos. La única condición es que todo esto debe hacerse bajo el más profundo secreto, de modo que no haya margen a complicaciones internacionales. En estos casos, aun siendo adivinado o descubierto, hay que negar a pie junto y evitar que se tengan pruebas de la acción de mi gobierno. En el caso de que usted rehuse la empresa, Dimitri partirá en el acto para Costa Rica y reconocerá el gobierno de Montealegre, quedándose allí como residente. Piénselo usted antes de contestarme. Tómese dos días y espero pasado mañana su respuesta».

Puede figurarse el lector lo que yo sentiría al oír a Mr. Buchanan desplegar ante mis ojos aquel miraje encantado! Mora, Presidente de Centro América de quien sería yo ministro primero y después sucesor en la silla curul! No sé cómo pude contener mi alegría y la inquietud que me causaba, conociendo las ideas de Mora sobre unión de los Estados centroamericanos. ¿Sería rehusado tan brillante porvenir? Así es que cuando éste contestó lo que va a leerse, casi pierdo el habla y el juicio. Mora se expresó así:

«Agradezco infinito la alta idea que el señor Buchanan tiene de mí y la altísima honra que me brinda; pero no puedo aceptarla sin ser un mal costarricense. Centro América en general ganaría mucho con la unión de las cinco repúblicas; pero Costa Rica lo perdería todo, su tranquilidad, sus hábitos de orden y trabajo, y hasta su sangre, que estaría en la necesidad de derramar sofocando revoluciones y procurando un acuerdo imposible, dada la grandísima diferencia que hay entre mi país nativo y las otras cuatro agrupaciones del centro. Diferencias de raza, de costumbres y de aspiraciones nos separan de un modo radical; hay más puntos de conexión y homogeneidad entre Colombia y Costa Rica que entre ésta y Nicaragua, la más vecina de las cuatro. Sé que para muchos mi patriotismo es estrecho y mezquino; pero mi conciencia quizá por mi ignorancia o poca ilustración, me obliga a proceder así».

Cuando el señor Mora acabó de hablar era tal mi pena y desolación que apenas me daba cuenta de lo que pasaba. Lo cierto es que la conferencia concluyó con cierta frialdad de parte de Buchanan y con grande alegría de Molina, que creía escapar de un gran peligro deshaciéndose de Mora para siempre, pues era claro

que lo único que esperaba al pobre mártir era la expatriación por largos años y la ruina de sus intereses.

Nos separamos; yo, medio aturdido, supongo que tendría cara de idiota; Molina riéndose: Buchanan muy serio, y Mora con su habitual fisonomía, cuya suavidad y belleza eran la admiración de los americanos.

No sé lo que pensarán los partidarios de la unión, de la conducta de Mora; pero, cualquiera que sea su credo en esta materia, no negarán que el hecho de Mora, rehusando el poder, la riqueza y la gloria, era sincero, bello, y demostraba un grande y sublime patriotismo, y en esa materia la intensidad de la virtud no se mide por el tamaño del territorio o terruño que representa la patria.

El ministro Dimitri salió al día siguiente para Costa Rica con el objeto de reconocer el nuevo Gobierno de Montealegre.

Datos Cronológicos para la Historia Eclesiástica de Costa Rica

por Bernardo Augusto Thiel

(*Continúa*)

Epoca de la unión de Nicaragua y Costa Rica en un solo obispado 1531 a 1850

1531.—26 de febrero. En el consistorio celebrado en este día, el papa Clemente VII erigió el obispado de León de Nicaragua *sub invocatione gloriosae Dei Genitricis semper Virginis Mariae.* Se encargó al futuro obispo que edificase una Iglesia Catedral, erigiese un cabildo y se ocupase de la conversión de los indios. No se señalaron límites al nuevo obispado. Al rey se concedió el derecho de patronato. La nueva silla quedó dependiente del arzobispado de Sevilla en España. No se expidió la bula de erección.

1531.—El Ilmo. Señor Diego Alvarez de Osorio obtuvo la institución canónica. Por cédula real de 23 de Abril de 1531 se le encomendó fundar un convento de Dominicos, a cuyo efecto debía entenderse con Fray Bartolomé de Las Casas, y que trabajara en la conversión de los indios protegiéndoles eficazmente contra toda vejación injusta. En Mayo de 1527 ya había recibido el Ilmo. señor Alvarez Osorio el honroso título de Protector de los indios.

2.º *Obispo, Diego Alvarez de Osorio* 1532—1536.

1532.—El Ilmo. Señor Osorio llegó a León y tomó posesión de su silla. Al llegar era el único sacerdote que había en León.

1532.—Más tarde llegó Fray Bartolomé de Las Casas con cuatro padres dominicos y fundó el convento de San Pablo en León.

1534.—El gobernador Rodrigo de Contreras se indispuso mucho contra Fray Bartolomé de Las Casas por sus sermones en que criticaba los servicios injustos que se exigían a los indios. El mismo gobernador pidió al Ilmo. Señor Obispo que siguiese una información contra Las Casas.

1534.—3 de Noviembre. El papa Paulo III expidió una bula en que con-

firma la erección del obispado de León de Nicaragua, hecha en tiempo de su antecesor el 26 de Febrero de 1531.

1536.--Rodrigo de Contreras insistió de nuevo, en que se siguiese una información contra Las Casas.

1536.—Entre Mayo y Junio murió el Ilmo. señor don Diego Alvarez de Osorio. Quedó de vicario provisorio el Presbítero D. Pedro García Pacheco, quien se negó a seguir la información contra el padre Las Casas.

3er *Obispo, Francisco de Mendavia.* 1537.

1537.—El rey presentó el 3 de Agosto de 1537 al señor Francisco de Mendavia, prior del convento de Victoria en Salamanca, para el obispado de Nicaragua. No llegó a Nicaragua, ni se sabe si se embarcó para América, por este motivo no figura su nombre en algunas series de los obispos de Nicaragua.

1539.—7 de Abril. El padre Morales salió con los capitanes Alonso Calero y Diego Machuca de Granada, para un nuevo descubrimiento del Desaguadero. Se descubrieron los ríos *Pocosol, San Carlos, Sarapiquí* y *Suerre.* Se encontraron algunos pueblos pequeños y buhíos de indios del lado de Costa Rica. Los expedicionarios llegaron hasta San Juan del Norte, de donde se fueron a Nombre de Dios (cerca de Colón).

1539.—17 de Diciembre. En una real provisión dirigida a Rodrigo de Contreras, gobernador de Nicaragua sobre la conquista de Costarrica confiada a Hernán Sánchez de Badajoz y firmada en Panamá por el oidor Doctor Robles se encuentra por primera vez en un documento oficial, el nombre de «*Costarrica*».

1540.—Hernán Sánchez de Badajoz desembarcó en el Escudo de Veragua, se fué la costa arriba hasta la boca del Sixaola, en donde fundó el puerto de *Badajoz,* y diez leguas tierra adentro la fortaleza de *Marbela* en la loma de *Corotapa* en el valle de *Coaza.* Estas fundaciones duraron semanas.

1540.—29 de Noviembre. En el asiento y capitulación de Diego Gutiérrez fechado en Madrid en este día, se encuentra el nombre de «*Cartago*» como nombre de la gobernación nueva, que le fué confiada.

1542.—Diego Gutiérrez, nombrado Gobernador de la *Nueva Cartago,* entró por el río *Suerre* en Costa Rica; 50 millas de la boca del Desaguadero y a seis millas de la costa fundó en la márgen del río *Suerre,* Pacuare, la ciudad de *Santiago.* Después (Octubre de 1544) fundó a 30 millas de la boca la ciudad de *San Francisco.* Según testimonio del historiador Oviedo mandó Diego Gutiérrez publicar un bando ordenando que su gobernación se llamara «*Gobernación de Cartago y Costa Rica*» so pena de cien azotes para quien osase apellidarla Veragua. El capellán de la expedición fué el padre *Francisco Bajo.* Estas fundaciones duraron pocos meses.

1544.--A fines de este año resolvió Diego de Gutiérrez entrar en el interior de Costa Rica.—Caminó ocho jornadas al interior hasta el valle de *Tayut o Tayutic,* como a cinco leguas de Cartago, no lejos del actual Tucurrique, en donde fué sorprendido por los indios que le mataron con 34 soldados. El italiano Benzoni y el capellán Francisco Bajo se salvaron.

4.º *Obispo, Antonio de Valdivieso.* 1544--1550.

1544.--El Ilustrísimo señor Fray Antonio de Valdivieso tomó posesión de la silla episcopal. Había sido presentado por la real cédula del 23 de Agosto de 1543. Vino sin haberse consagrado, fué consagrado en Gracias.

1544.—Pedro Ordoñez de Villaquirán fué nombrado corregidor de Nicoya, Chira y Paro. Desempeñó su cargo durante dos años y ganó a los indios

Chomes y *Abangares*. Por una cédula real de 18 de Diciembre de 1559 consta que el corregidor Ordoñez fundó una iglesia entre los Chomes, la proveyó de ornamentos y que tuvo cuidado que allí se quedase un sacerdote para enseñar a los indios. Luego la iglesia de Chomes fué la segunda que se edificó en Costa Rica, siendo la primera la de Nicoya cuya fundación debe ser anterior al año de 1544.

1545.—9 de Mayo. El Príncipe despachó una real cédula al Ilustrísimo señor obispo de Nicaragua encargándole que entre tanto se proveyese de prelado la gobernación de Cartago, entendiese en las cosas espirituales, en el servicio de las iglesias y el culto divino de aquella provincia, con aquella reverencia y limpieza y recado que conviene y en que haya clérigos que administren los sacramentos en las iglesias de ella, y de los diezmos de la dicha provincia había de llevar la cuarta parte y las otras tres cuartas partes se habían de distribuir en los ministros. Recomendó al padre Francisco Bajo para cura de la villa de Santiago. El Gobierno español ignoraba aun la desgracia de Diego de Gutiérrez.

1545.—7 de Agosto. El Ilustrísimo señor Valdivieso escribió desde Gracias a Dios al Consejo de Indias sobre la conveniencia de poblar Costa Rica, proponiendo para esta empresa a los capitanes Diego Machuca y Alonso Calero.

1545.—En Gracias se encontró el Ilustrísimo señor Valdivieso con el Ilustrísimo señor Lic. Marroquín, obispo de Guatemala y el Ilustrísimo señor Las Casas, ya obispo de Chiapas, para pedir a la Audiencia de los Confines el exacto cumplimiento de las nuevas leyes de Indias y la libertad de los indios de toda esclavitud. La Audiencia recibió a los tres obispos con algún desagrado. El 9 de Noviembre, domingo de la octava de Todos los Santos, fué consagrado en Gracias el Ilustrísimo señor Valdivieso por Las Casas y Cristóbal de Pedraza, obispo de Honduras.

Se despachó al Oidor Herrera a Nicaragua para quitar al gobernador Rodrigo Contreras los indios encomendados.

1546.—El Ilustrísimo señor Valdivieso fué recibido friamente por los españoles a su regreso de Gracias. Especialmente quedó resentida la familia del gobernador Contreras.

Poco después dispuso el Ilustrísimo señor Valdivieso que su alguacil y el de la Inquisición usasen varas. Se opusieron a esta disposición los alcaldes ordinarios. El obispo les excomulgó y pronunció la *cessatio a divinis*.

1546.—11 de Febrero. En el consistorio de este día se erigió el obispado de Lima en Arzobispado y se le señalaron como sufragáneos los obispados de Cuzco, Quito, Castilla de Oro (Panamá), *Nicaragua* y Popayán. Esta dependencia duró hasta 1743.

1547 o a fines de 1546 publicó el Ilustrísimo señor Valdivieso un arancel que provocó nuevo descontento porque se creyó exagerado. Los cabildos reclamaron al Consejo de Indias.

1548.—El Consejo de Indias ordenó que se rebajase el arancel.

1549.—A fines de este año se fué Rodrigo de Contreras a España, dejando a su hijo Hernando de Contreras. Uno de los desterrados del Perú, Juan Bermejo, incitó a Hernando de Contreras a que se levantase contra el rey. Se conspiraron algunos en Granada. Se fueron a León, ganando nuevos conspiradores.

1550.—26 de Febrero. Hernando de Contreras mató a puñaladas al Ilustrísimo señor Valdivieso en el corredor de su casa. Hernando tuvo poco después un fin desastroso.

1550.—El padre Martín Hernández de Herrera quedó de provisor del obispado hasta 1555.

1554.—Los padres dominicos se retiraron de León por orden del provincial de Guatemala, quedando de nuevo la diócesis muy desprovista de sacerdotes.

1556.—Quedó de provisor del obispado el arcediano Licenciado Juan Alvarez hasta 1557.

1556.—2 de Mayo. Por real cédula fechada en Bruselas en este día fué presentado para el obispado de Nicaragua el Licenciado Lázaro Carrasco.

5.º *Obispo, Lic. Lázaro Carrasco.* 1557-1562.

1557.—No consta que el Ilustrísimo señor Carrasco haya sido consagrado; en una carta del mismo, escrita en el año de su llegada, que se conserva en el archivo de Simancas se firma: «El Licenciado Carrasco, Obispo electo de León». La referida carta no lleva fecha. Hablando del corregimiento de Nicoya dice que en él había quinientos indios. No se conocen las causas de una rebaja tan notable, habiéndose encontrado en 1529 cerca de 2000 indios trabajadores en Nicoya. En la misma carta habló de la gran pobreza de la provincia: celebrándose en la Iglesia Catedral el culto divino como en la más pobre iglesia parroquial de España.

Ordenanza de Minería

Y

Leyes que la modifican

ARREGLADA POR

TOMAS FERNANDEZ BOLANDI y AMADEO JOHANNING h.

(Contiene un vocabulario
de los términos técnicos empleados en ella)

ESTA A LA VENTA EN LA

Librería Trejos Hermanos

D. D. Salvador Falla

Guatemala Capit